

María de Nazaret y La Sabiduría De Israel Resonancias Bíblicas

Nuria Calduch-Benages

(publicado en *Vida Religiosa* 91 [2001] 29-34)

Hace aproximadamente un año, no me acuerdo si fue incluso por estas mismas fechas, Jesús de Nazaret se nos acercó para preguntarnos: «Y vosotras, ¿quién decís que soy yo?». A decir verdad, la pregunta nos cogió por sorpresa, pues teníamos entendido que eso sólo se lo había preguntado a sus discípulos de Cesarea de Felipe hace 2000 años. Pero una vez superado el desconcierto inicial, ocho de entre nosotras – biblistas y teólogas comprometidas en el mundo de hoy a distintos niveles y con distintas responsabilidades – tomamos la decisión de responder al Maestro por escrito, y así lo hicimos¹.

Supongamos por un momento que ahora es María de Nazaret, su madre, quien nos hace la misma pregunta. ¿Qué le responderíamos? Estoy segura de que también esta vez la pregunta nos cogería por sorpresa y nos resultaría bastante difícil encontrar una respuesta, a no ser que, para salir del paso, nos refugiásemos en los tópicos tradicionales, los tópicos de siempre, los de toda la vida, los que se repiten sin pensar, los que pueden ser ancla de salvación en momentos difíciles. De todos modos y cueste lo que cueste, propongo que lo intentemos. Y para ello vamos a pedir ayuda a la Sabiduría de Israel, aquella Sabiduría que, después de un largo viaje, puso su tienda en la tierra santa.

La Sabiduría es una figura misteriosa que se nos escapa de las manos cada vez que intentamos agarrarla, cada vez que intentamos colocarle una etiqueta para asegurarnos de su identidad. Esa figura misteriosa se pasea por el Antiguo Testamento, por las páginas de los libros de los Proverbios, Job, Sirácida, Baruc y Sabiduría con los rostros más variados: es niña, hermana, joven, novia cortejada y esposa acogedora. Rostros siempre distintos, pero siempre rostros de mujer.

Aunque en los escritos del Nuevo Testamento esa figura femenina se haya identificado con la figura masculina de Jesús de Nazaret, el Cristo (cf. por ejemplo *I Co* 1, 24), nuestro objetivo va en otra dirección. Queremos iluminar la figura de María con la luz que emerge de los textos veterotestamentarios sobre la Sabiduría, queremos descubrir las resonancias sapienciales escondidas en el ser y actuar de María de Nazaret. Esto no es nada nuevo – pensarán seguramente los lectores/as –, y tendrán toda la razón, ya que la tradición cristiana siempre ha venerado a la Madre de Dios como «sede de la Sabiduría» y la liturgia, por acomodación, ha aplicado textos sapienciales como *Pr* 8, 22-31 o *Si* 24 a la Virgen María como colaboradora del Redentor (la Sabiduría también es colaboradora del Creador)².

Ahora bien, de nuevo hago hincapié en el talante particular de esta breve reflexión. No se trata de un comentario exegético para especialistas, ni de un discurso teológico para estudiantes, ni de una actualización en clave mariana para los fieles. Es algo mucho más sencillo y vivencial. Simplemente vamos a dejar que las resonancias de Doña Sabiduría se vayan posando en la figura de María y, como por ósmosis, en nuestra vida religiosa, de modo que la primera se nos haga más cercana y la segunda aterrice más de lleno en un mundo que vive sumido en el dolor y pide a voz en grito una palabra de consuelo, un abrazo misericordioso, un perfume de solidaridad.

Pr 8, 22-31 y *Si* 24, dos poemas dedicados a la Sabiduría personificada, serán las fuentes bíblicas de nuestra inspiración. Las resonancias sapienciales que de ellos se derivan nos permiten hablar de:

1. María, mujer íntimamente unida a Dios y a su obra

La nota más destacable de *Pr* 8, 22-31 es la estrecha relación que se establece entre Dios y la Sabiduría, entre el Creador y su criatura. Dios crea la Sabiduría «al principio de sus tareas», más aún, «antes de sus obras más antiguas». La forma «en un pasado lejano», un pasado que se sitúa «antes de los orígenes de la tierra». Así pues, la Sabiduría nace en los albores de la humanidad, en aquel tiempo

¹ Cf. I. Gómez-Acebo (ed.), *Y vosotras, ¿quién decís que soy yo?*, En clave de mujer, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2000.

² Cf. A. Serra, «Sabia», en S. De Fiore – S. Meo (eds.), *Nuevo Diccionario de Mariología*, Madrid, San Pablo, 1988, 2a ed., pp. 1755-1769, aquí 1756.

primordial que se escapa a nuestra limitada comprensión. Y ella, una vez creada, asiste y acompaña a su Creador mientras organiza y ordena el universo. «Yo estaba allí», afirma la Sabiduría en el v. 27, y más adelante: «Yo estaba junto a Él» (v. 30). Aunque no intervenga directamente en la creación del universo, su presencia también es creativa, porque está en sintonía con el Creador. Por eso, nada de lo creado le pasa desapercibido, nada de lo creado le es indiferente. Al contrario, gracias a ese misterioso vínculo que la une a Dios, se siente estrechamente unida a todas y cada una de las criaturas. La Sabiduría no es Dios, pero está con Dios. No es Dios, pero nos habla de Dios. No ha creado el mundo, pero lo ama entrañablemente.

¿Y no podríamos decir lo mismo de María? María también estuvo «allí». Allí donde Dios la invitó, allí donde su familia la necesitaba, allí donde faltaba el vino, allí donde nadie la veía, allí donde perdió a su hijo, allí donde sólo cabía callar y sufrir. Sí, María estaba allí, junto a Él, a los pies de la cruz. Una presencia silenciosa y comunicativa, una presencia dolorosa y creativa. Desde antes del principio hasta el final, ella siempre estuvo con Jesús y continúa estándolo. Lo importante no es decir, hablar, hacer, actuar... Lo importante es estar «allí», «junto Él», en medio de sus criaturas.

2. María, mujer que crece disfrutando y compartiendo

Pr 8, 22-31 termina con unos versos de difícil interpretación, sobre todo a causa de un término hebreo muy discutido (*mwn*) que no se sabe cómo traducir, porque permite muchos significados: maestro de obra, artesano, arquitecto, niño de pecho, hijo querido, niño pequeño, sabio... Hemos visto que la Sabiduría estaba allí, al lado de Dios, acompañándole en su tarea. Pero, el problema surge cuando, a partir del mencionado término, se quiere determinar su identidad o precisar su función en el cosmos. Propongo una traducción: «Yo estaba junto a Él, creciendo, día tras día disfrutaba y jugaba sin cesar en su presencia; jugaba con el orbe de la tierra y mi regocijo era estar con los humanos» (vv. 30-31).

Al lado de Dios, la Sabiduría va creciendo y disfrutando de la vida. Va creciendo y disfrutando de su presencia. Seguramente habrá muchas cosas que no entiende, que le sobrepasan, pero no por eso detiene su avanzar en la vida; no por eso da marcha atrás, no por eso busca refugiarse sólo en su Dios. Disfruta relacionándose con las personas, y en su relación transmite esa alegría profunda de quien se sabe amado/a de verdad. Crecer, crecer amando, crecer disfrutando. Disfrutar, disfrutar con Dios, con las personas, con la naturaleza, con todo lo creado. Crecer disfrutando, comunicando, compartiendo.

¿Y no podríamos decir lo mismo de María? Crecía el hijo y se fortalecía, llenándose de sabiduría y gracia de Dios. Crecía la madre y se fortalecía, llenándose también de sabiduría y gracia de Dios. María y Jesús, madre e hijo, crecieron juntos y estoy segura de que también disfrutaron juntos, aunque los evangelios no nos lo digan abiertamente. Amaron, crecieron, disfrutaron, comunicaron, compartieron y tuvieron la delicadeza de enseñarnos cómo se puede asimilar y hacer propio este estilo de vida.

3. María, mujer que se comunica con la palabra y el silencio

En *Si* 24 la Sabiduría toma la palabra por segunda vez en el libro para pronunciar su discurso, un discurso que se conoce como «El elogio de la Sabiduría». A partir del v. 3: «yo salí de la boca del Altísimo» hasta el v. 17: «yo soy como una vid de lozanos sarmientos», escuchamos la voz de la Sabiduría en directo, una Sabiduría que nos cuenta su historia. Como la palabra creadora de Dios en *Gn* 1, sale de la boca del Altísimo y como neblina refrescante, sentada en su trono de nubes, empieza un largo viaje por el mundo: recorre el cielo, el abismo, el mar, la tierra, ejerciendo su dominio sobre todo lo creado, como lo hace Dios, como si ella fuera Dios. El viaje de la Sabiduría tiene un objetivo bien concreto: busca una morada, descanso y una heredad donde establecerse.

La Sabiduría habla poco, pero cuando lo hace sus palabras están llenas de significado, son certeras y cumplen su objetivo. La Sabiduría sabe comunicarse a través del silencio y de la palabra. Silencio y palabra oportunos siempre han sido y todavía son señal de sabiduría: «El sabio guarda silencio hasta el momento oportuno y se hace querer por sus palabras» (*Si* 20, 7.13).

¿Y no podríamos decir lo mismo de María? Mujer de silencio y palabra oportunos. Mujer sabia que calla ante el misterio y exulta de gozo ante las maravillas del Señor. Mujer sabia que medita en su

corazón y canta con los labios. Mujer sabia que guarda la ley, teme al Señor y piensa lo que dice. Mujer sabia que nos descubre el justo valor del silencio y de la palabra.

4. María, mujer de raíces profundas y anchos horizontes

En *Si* 24, 8 el viaje de la Sabiduría llega a su fin. Después de mucho buscar, es su creador quien al final le dice dónde tiene que establecerse: «Pon tu tienda en Jacob, y fija tu heredad en Israel». Una vez situada, la Sabiduría nos cuenta su propio proceso y lo hace por medio de sugestivas comparaciones con los árboles más característicos del país (cedro, ciprés, palmera, olivo, plátano) o simplemente con un hermoso arbusto (el rosal); luego traza las fronteras de Israel: Líbano y Hermón (norte), Eingadí y Jericó (este), la llanura que bordea el Mediterráneo, la Shefelá (oeste). Queda claro, por tanto, que el crecimiento de la Sabiduría abarca todo el territorio de Israel (vv. 13-14). Y, después de los árboles vienen los perfumes, y ahora la Sabiduría se compara a sí misma con el incienso y el óleo del culto. Al igual que estas sustancias, es sagrada, suave y agradable a Dios (v. 15). Más adelante, se compara con el terebinto, un árbol típico de los lugares relacionados con los cultos cananeos (*Gn* 35, 4; *Is* 1, 13) y también con la vid, imagen de Judá destinado a la destrucción (*Is* 5, 1-7; *Jr* 2, 21). Ahora bien, en nuestro texto el terebinto es gallardo y frondoso, y la vid lozana y con frutos exquisitos (v. 17). Esto significa que los beneficios de la Sabiduría son buenos y se extienden por todo Israel. Árboles, perfumes, frutos y flores: todo el proceso vital de la naturaleza condensado en solo unos versos, para que podamos seguir el crecimiento y la difusión de Dña. Sabiduría.

¿Y no podríamos decir lo mismo de María? Profundas raíces y anchos horizontes. María, mujer mediterránea³, hija del Mare Nostrum, el mismo que baña las costas orientales de nuestra península. María, mujer de su pueblo, enamorada de su Dios y de su familia, fiel observante de la ley, respetuosa con la tradición. María mujer de anchos horizontes: no se cierra, no se estanca, no se aísla. Corre al encuentro de su prima Isabel, no piensa en la distancia, ni en el polvo del camino, ni en la fatiga del viaje. Entrega a su hijo, sabe que va a morir, pero el amor de Dios es infinito, infinito como el horizonte. Sin raíces, nos morimos; sin horizontes, nos encogemos.

5. María, mujer que genera vida abundante

Seguimos en *Si* 24, pero ahora, en lugar de fijar nuestra atención en el texto habitual, vamos a detenernos en una glosa que aparece en uno de los códices griegos y en la versión latina con alguna variante: «Yo soy la madre del amor hermoso, del temor, del conocimiento y de la santa esperanza. Yo doy [frutos] eternos a todos mis hijos, a los que Él ha llamado» (v. 18). La Sabiduría como madre la encontramos en otros textos sapienciales como, por ejemplo, en *Pr* 8, 32; *Si* 4, 11; 15, 2-3; *Sb* 7,11-12. Se trata siempre de una madre que da muchos frutos. Y, sin duda alguna, el fruto máspreciado es la vida: «quien me encuentra, encuentra la vida y alcanza el favor de Dios» (*Pr* 8, 35). Aquí la Sabiduría es madre del amor, porque el amor que recibe de Dios lo transmite luego a sus hijos. La Sabiduría es madre del temor de Dios, porque genera esa disponibilidad en el corazón de sus hijos. La Sabiduría es madre del conocimiento, porque les abre el entendimiento para conocer a Dios. La sabiduría es madre de la santa esperanza, porque infunde en ellos la esperanza en Dios. La Sabiduría da frutos eternos a sus hijos, porque los orienta hacia Dios. Hijos e hijas de la Sabiduría, hijos e hijas de Dios, de un Dios que llama y espera respuesta.

¿Y no podríamos decir lo mismo de María? «Madre, ahí tienes a tu hijo», dice Jesús antes de expirar. Y en ese preciso instante se inaugura una nueva maternidad, una nueva manera de relacionarse, de compartir, de vivir... nace, en definitiva, una nueva vida. María, nuestra madre y hermana.

Cinco resonancias bíblicas que, a través de María, nos invitan a calibrar la dimensión sapiencial de nuestra vida religiosa: la relación con Dios y con su obra, la capacidad de crecer, disfrutar y entablar relaciones humanas, el alcance y valor de nuestras palabras y silencios, la profundidad de nuestras raíces, la anchura nuestros horizontes, la fecundidad de nuestra vida. No sé que pensará María, pero al menos lo hemos intentado!

³ Cf. I. Gómez-Acebo (ed.), *María, mujer mediterránea*, En clave de mujer, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1999.